

# El observador implacable

ABRAHAM SANTIBAÑEZ  
/ Santiago

**E**n la tradición chilena los libros de memorias son, casi siempre, de políticos. O de quienes, sin ser políticos, han vivido

cerca del poder, la gloria y las miserias de la política. Alfonso Calderón, intelectual por esencia, ha sufrido -como todos los chilenos de su generación- el rigor de la política conducida *manu militari* y es, como todos nosotros, un *homo politicus*, pero no es político. La publicación de su diario *Fuera de ninguna parte* ya tiene, por tanto, algo insólito. Y resulta mucho más insólito porque, en vez de empezar por el primer tomo, bautizado como *La valija de Rimbaud* y que comprende desde 1939 a 1951, parte por el final. La última anotación corresponde al 31 de diciembre de 1990 y es, apenas, un anuncio de que la vida sigue: "¡Se va el año! Las máscaras caen. El rito continúa".

Tomado al pie de la letra -esa letra pequeña, tímida de Calderón- el rito aludido podría ser el de este observador implacable e incansable que cada día hace una anotación en su diario, a veces breve, a veces más larga, a veces una simple recolección de imágenes; otras, un verdadero mini-ensayo, siempre una obra maestra del placer intelectual de ir dejando memoria de sí, sin aspavientos, con sensibilidad marcada constantemente



Alfonso Calderón ahora editó su diario personal.

por la música y abundante rigor en las lecturas y los comentarios.

La actualidad de cada día pasa por esas páginas como una síntesis de lo que ocurre en lejanas tierras y un eco relacionador de historias también lejanas con otras mucho más nuevas y vitales ("aún recordamos la lucha con los nazis y cómo estos querían apoderarse del petróleo de Bakú"). Como en todo texto de Calderón, hay una delicada nota de humor en sus observaciones, recogidas a veces en el Haití, en un aeropuerto, en la sala de clases o, más generalmente,

en diarios o libros.

Pero, sobre todo, este Diario es una invitación a la reflexión madura y tranquila. Escribe el 13 de marzo de 1990:

"Chile es otro Chile. Hay alegría por el retorno de la democracia. Sin embargo, hay mucho por hacer, desde la primera hora del día. Aylwin habla en el Estadio Nacional. Recuerda que ese lugar fue profanado por la canalla, que allí murió gente, hubo torturados... Allí Dios pareció quedarse dormido sin oír a su pueblo... No podemos vivir a costa del capital del odio acumulado pero no se puede olvidar... No hay olvido. Es

preciso cuidarse de perder la memoria, porque los muertos no nos perdonarían ese fácil desliz".

Y hay más: anécdotas ajenas -leídas o recogidas de otros- y propias, que parecen, por momentos, mostrar una intimidad siempre celosamente guardada. Se advierte, sin embargo, que apuntan apenas tangencialmente al proceso interior de un hombre que ha vivido mucho, ha sufrido otro tanto, y que no ha perdido la capacidad de asombro ni de gozar con la belleza callada de una ciudad nueva, en Europa o en Santiago, ni cesa en la obsesiva rebúsqueda de noticias curiosas, que más tarde reviven en sus comentarios, como "la vieja estúpida que legó 50 mil dólares a su tortuga".

Alfonso Calderón es una caja de sorpresas, lector infatigable, hombre de sabidurías acumuladas, de permanente lirismo y de una -también permanente- sonrisa como observador algo irónico, pero redimido por su capacidad de conmoverse y recordar.

Este diario suyo -al revés de otros más famosos- no revela secretos de guerra ni entretelones políticos. Pero tiene algo tal vez más importante: es una ventana, no muy amplia, es verdad, hacia el interior de un alma inquieta y generalmente a buen resguardo de la mayoría de los indiscretos que pueblan nuestro mundo.